

# CARTA DEL PADRINO

*Dr. Raúl E. Levín*

Hay establecido un supuesto –a veces casi un lugar común– de que la teoría y la práctica psicoanalítica se sustentan en un “tiempo pasado”. La escena más representativa, casi icónica, es la de alguien que no se quiere analizar “porque no quiere remover su pasado”.

Esta versión procede de los primeros pasos que dio Freud en el desarrollo de su teoría, cuando pensaba que los síntomas neuróticos provenían de situaciones traumáticas o de otra naturaleza ocurridas en la infancia, que devenían en diferentes formas de sufrimiento (entre ellas los síntomas) que podían ser develados en un psicoanálisis.

Cualquier tema que se presentara en el diván era compatible con alguna clave que podía ser resuelta, compartiendo analista y paciente un trabajo de revelación y construcción, para dar lugar a que ese supuesto tiempo pasado se actualizara en nuevas y enriquecedoras acepciones que contribuían a develar una comprensión de lo que enigmáticamente presentaban los síntomas.

Todavía quedan muchos remanentes de ese psicoanálisis dual, presentado como una dialéctica pasado-futuro. Por mucho que se transformó la teoría psicoanalítica, Freud nunca resignó los hallazgos previos de su clínica. Pero podemos suponer que esta primera aproximación a la comprensión de la neurosis, estaba fuertemente influida por el positivismo propio de la época.

Las ciencias en general, y la medicina en particular (que tanto incidió en el desarrollo de la historia de la indagación freudiana), aspiraban a un modelo de comprensión binaria causa-efecto. En bacteriología los avances más espectaculares relacionaban causalmente “tal bacteria (o virus) – tal enfermedad infectocontagiosa”; en neurología “tal lesión de la corteza cerebral – tal localización de una patología motriz o sensorial”. Y en psicoanálisis: tal suceso infantil – tal problemática neurótica adulta.

Muchos de los enunciados teóricos de los orígenes del psicoanálisis, tienen esa impronta binaria; entre ellos la puntualización pasado/presente.

No es en esta oportunidad mi intención hacer un seguimiento de la historia de la complejización de la teoría psicoanalítica. Solo quiero mencionar que entre las dualidades que fundamentaron los inicios del psicoanálisis, además de la de pasado-presente, Freud introdujo una primera teoría pulsional (o instintiva para ese momento), que se presentaba también como un modelo dualista. Dos pulsiones enfrentadas dialécticamente, en una interacción que sustentaba el “empuje” económico que daba cuenta del conflicto y la estructura neurótica del sujeto.

Pero de los interrogantes suscitados por la clínica (desde los problemas de los pacientes que “fracasan al triunfar” hasta las indagaciones sobre la melancolía, el narcisismo y el masoquismo); y con un alcance inusitado el impacto social derivado de la Primera Guerra Mundial, con sus efectos impensados y terroríficos de extrema agresividad y crueldad entre humanos, obligó a Freud a modificar su primera teoría instintiva por otra mucho más oscura, controvertida y difícil de asimilar.

Introdujo la pulsión de muerte en una relación totalmente asimétrica con la pulsión de vida.

La de muerte va a cumplir siempre, en definitiva, con su fin. La de vida solo pulsa como para prorrogar el triunfo de la de muerte, que es incoercible. ¿Se trata entonces de un modelo dual o monista?

Esta noción de pulsión de muerte es tan abisal e inasible, como absoluta e incoercible. Por su misma enunciación es difícil de teorizar y de asimilar. No es una pulsión, un empuje. Es una asignación, una designación. La ubicamos por la propagación de su efecto, pero desconocemos su esencia.

Por otra parte no es una pulsión en el sentido de empuje, como dijimos antes. ¿Pero cómo denominarla? Más bien desarticula, quita, diluye estructuras simbólicas. Da cuenta de los actos más atroces de humanos hacia sí mismos, sus semejantes y diferentes. Y a la vez no es asimilable como representación.

La pulsión de muerte es un concepto (si es que lo es) que se puede suponer irrepresentable. Tal la dificultad para aprehenderlo. Muchas veces es considerada como lo no humano de lo humano.

Pienso que sería muy angustioso pero también más verdadero decir que la destructividad que se desprende de la “pulsión” de muerte es inherente a la condición humana. Y que debe ser incluida como un aspecto oscuro pero incontrovertible de la realidad psíquica.

Se dice, y seguramente es así, que sería una utopía el propósito de entender (o analizar) la crueldad del humano.

Sabemos sin embargo que si bien las utopías no se resuelven, el trayecto hacia su resolución suele ser extraordinariamente productivo.

La época de la presentación de la segunda teoría pulsional se corresponde con un avance en la teoría que se dirige a indagar hasta límites unos años antes insospechados los aspectos más oscuros de la condición humana. Freud avanza y retrocede. No tiene inconveniente en escribir en un texto un “*non liquet*” (“no se entiende”) cuando se encuentra ante un callejón sin salida. Introduce la cultura como una fuente de la pulsión de muerte (la cultura que todos suponemos como lo más elevado que caracteriza al humano). Ya no se trata de un fundamento lineal causa-efecto sino más bien de una compleja base epistemológica paradójica, que también puede admitir inconsistencias, ambigüedades y hasta ignorancia.

La temporalidad ya no es la del almanaque. Nuestro modelo del tiempo convive con otro que no admite un antes y después. ¿Se relaciona esto con lo que se considera “atemporalidad de lo inconsciente”?

Aunque no es posible una representación de esta temporalidad, y nos resistimos a lo no representable, yo pienso en una temporalidad circular cuya determinación está en el centro del círculo, el punto de apoyo del compás. Frecuentemente evoco, pensando en estos temas, el comienzo de los “Cuatro cuartetos” del poeta T. S. Eliot:

*“El tiempo presente y el tiempo pasado tal vez en el tiempo futuro estén ambos presentes, y el tiempo futuro contenga el presente. Si todo instante es el presente eternamente ningún instante es redimible”.*

Por decirlo de una manera, hay una temporalidad del instante, a la que no podremos acceder, pero con efectos que nos sobrepasan. Y provocan resistencias, que derivan en expulsar dichos efectos del campo del psicoanálisis.

Aun sabiendo de su imposibilidad, el psicoanalista indaga los confines de la condición humana. Con un trabajo perseverante y a la vez fallido, pero que a la vez da cuenta de la esencia elusiva de la pulsión a pesar de sus efectos inexorables.

Esta insistencia de indagación y fracaso deja sin embargo como derivación un saber sobre lo humano, que incluye sus alcances y sus limitaciones.

La fuente de este saber proviene de nuestros analizandos, de nuestra experiencia clínica. Pero sostener una ética psicoanalítica que nos expone a no alcanzar nunca metas relacionadas con lo más primario y destructivo que subyace a nuestra cotidianidad, provoca resistencias, angustia y mecanismos de defensa extremos para desconocer este saber basado en el acotamiento de su propio alcance.

Hay una tendencia a evitar esa versión inaccesible de la pulsión de muerte.

El psicoanálisis se define en la paradójica circunstancia de enriquecer y ampliar lúcidamente en la indagación del sujeto humano, soportando que para esto hay que asumir a la vez un saber sobre la ignorancia.

Queridos lectores: quise transmitirles algunas ideas acerca de la actualidad del psicoanálisis en forma acotada.

Pienso que estamos ante una crisis humanitaria y que las respuestas que provienen del psicoanálisis, serán las que –aun en su complejidad– proceden de la clínica, su conceptualización y teorización. Será la epistemología la que las ordene junto con los aportes de otras disciplinas científicas.

Felicito a los editores de este número de la revista *Devenir*, tanto por su publicación, como también por ser consecuentes

en agregar un eslabón más, a la serie que en algún sentido va eslabonando testimonios de la formación de los analistas en APdeBA-IUSAM desde hace tantos años.

R.E.L.

Agosto 2023